RESEÑAS

Umut Özkirimli y Spyros A. Sofos, *Tormented by History: Nationalism in Greece and Turkey*, Nueva York, Columbia University Press, 2008, 219 pp.

De cierto modo, todo nacionalismo es una guerra. Aunque no todos involucran un conflicto armado, la distinción entre “ellos” y “nosotros” parte de cierta disensión y exclusión recíproca inherentes a la esencia de todo proyecto nacionalista y la creencia en su singularidad. Todo nacionalismo inculca a sus miembros un sentimiento de comunidad basado en nociones de fraternidad y exclusividad que, a su vez, implican la exclusión de individuos desemejantes. El término “nación” proviene del latín *natio*, que implicaba “algo que nace” y se usaba al hablar de un grupo de extranjeros.¹ Desde sus albores, este concepto implicó una distinción entre dos comunidades y, por ello, una oposición. Las naciones crean conflicto y nacen de él.

Pocos casos ilustran tal antagonismo como el nacionalismo griego y el turco. Aunque no fueron contemporáneos, ambos surgieron en la decadencia del Imperio otomano, cuando el modernismo occidental permeaba la cultura y política de toda Europa. En su proceso de consolidación estatal, ambas naciones se enfrentaron continuamente, interpretando la existencia del otro como contraria a sus planes, la antítesis de su proyecto nacional.

Insatisfechos ante el escaso acervo de estudios que confrontan ambos países y decepcionados por los claros sesgos que hay en éstos, Umut Özkirimli y Spyros A. Sofos llevaron a cabo un estudio comparativo del surgimiento y desarrollo de ambos nacionalismos, esperando que su trabajo conjunto les permitiese eludir el

¹ Yael Tamir, “The Enigma of Nationalism”, *World Politics*, 47, 1995, pp. 427-430.

subjetivismo y neutralizar sus respectivos etnocentrismos. *Tormented by History* es un análisis macrohistórico centrado en dos casos particulares, inmersos en el largo proceso de transición hacia el Estado moderno en los países europeos. Las “enormes comparaciones”² que se llevan a cabo indagan en las “uniformidades y variaciones entre estas unidades, estos procesos y las combinaciones entre ambos”.³ En este análisis binario explícito, la selección de casos corresponde a un diseño de “sistemas más similares”,⁴ que pretende confrontar dos naciones para revelar la esencia de cada una, exponer las coincidencias entre ambas y, así, indagar en la naturaleza del nacionalismo como fenómeno general.⁵

Los autores se dedican principalmente a buscar puntos de contacto entre ambos procesos históricos, destacando sus similitudes contextuales; sin embargo, también se valen de comparaciones individualizadoras y, especialmente, de aquellas que buscan variación, las cuales permiten comprender “estructuras y procesos sociales que nunca ocurren de la misma forma, pero expresan principios comunes de causalidad”.⁶ La selección de casos se sustenta en las semejanzas entre dos naciones antagónicas; luz entre espejos. Su objetivo es probar que, a pesar de las diferencias significativas entre ambos proyectos nacionalistas, las similitudes son innegables. Según los autores, ambos nacionalismos son “disimilares, pero simétricos; antagónicos, pero dialécticos. En muchos sentidos [...], son *monólogos paralelos* [...], que destacan inexorablemente sus diferencias; no obstante, dolorosamente conscientes de sus similitudes” (p. 2). Se busca exaltar el paralelismo en las

² He tomado de Charles Tilly, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1984, las nociones que dan título a su obra y la caracterización de los tipos de comparaciones que en ésta se describen.

³ *Ibid.*, p. 64.

⁴ “Esos estudios están basados en la creencia de que sistemas tan similares como sea posible, respecto a cuantas características sea posible, constituyen muestras óptimas para la investigación comparativa”. Adam Przeworski y Henry Teune, *The Logic of Comparative Social Inquiry*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1970, p. 32.

⁵ Las características y posibilidades del análisis binario, en Matei Dogan y Dominique Pelassy, *How to Compare Nations: Strategies in Comparative Politics*, Nueva Jersey, Chatam House, 1990, pp. 126 ss.

⁶ C. Tilly, *op. cit.*, p. 146.

promesas que hacen, “las pesadillas que evocan”, los símbolos que retoman y los anhelos que comparten.

El concepto de nación es ambiguo; según Charles Tilly, “uno de los más intrigantes y tendenciosos en el léxico político”. Los estudios del nacionalismo se dividen en tres teorías principales, que se distinguen por su perspectiva en cuanto al origen y esencia de las naciones. El primordialismo establece que éstas, intrínsecas a la condición humana, han existido desde el acaecer de los tiempos; el etnosimbolismo se centra en la forma en que naciones modernas retoman el legado simbólico de etnias premodernas, para establecer continuidad y trascendencia.⁷ El modernismo, en cambio, destaca la construcción social de la identidad nacional y afirma que las naciones son un fenómeno de los últimos siglos, producto de procesos modernos como el capitalismo, la industrialización y la urbanización.⁸ Los autores se sitúan en esta última corriente y rechazan las otras dos. Uno de sus propósitos es utilizar esta perspectiva para analizar la historiografía nacional de ambos Estados y desmentir sus mitos oficiales; para ellos, éstos no son más que intentos de Grecia y Turquía por legitimar sus anhelos de independencia, mediante argumentos primordialistas.

A pesar de que el enfoque utilizado es enteramente histórico, la obra no está basada en una narración cronológica, sino en un análisis temático simbiótico –fundamentado en una bibliografía extensa– dividido en seis capítulos, además de la introducción. Los cinco apartados intermedios exploran temas significativos relativos al desarrollo del nacionalismo en Turquía y Grecia: modernización, cultura e identidad, memoria histórica, territorio y patria, y políticas de homogeneización. El último capítulo es una conclusión que pretende establecer un puente dialéctico entre las luchas pasadas de ambas naciones y sus conflictos presentes. Cada apartado –según la premisa fundamental de la obra– traza dos líneas paralelas,

⁷ Una exposición detallada de las corrientes y debates en el estudio del nacionalismo en Umut Özkirimli, *Theories of Nationalism: A Critical Introduction*, Londres, Macmillan Press, 2000.

⁸ *Ibid.*, p. 133.

que se confrontan en las reflexiones finales, donde se discuten las diferencias y similitudes entre ambos procesos históricos. El diseño del libro es, a la vez, virtud y vicio. Aunque la separación temática facilita la comparación de ambos países en aspectos específicos de sus proyectos nacionales, ésta hace que sea necesario reiterar continuamente ciertos sucesos o datos relevantes, lo que ocasiona una repetición excesiva y tediosa.

Según el punto de vista adoptado, la modernización es el tema que vincula los capítulos del libro; con un siglo de diferencia, las rutas de Grecia y Turquía parten de la misma aspiración y marchan hacia el mismo punto. Özkirimli y Sofos establecen que, más que surgir por un “despertar nacional”, ambos nacionalismos estuvieron profundamente influidos por Europa occidental, que los incitó a desprenderse de Oriente para alcanzar la modernidad. Los autores profundizan en la “esquizofrenia existencial” de ambas naciones, a causa de que ambas recurrieron al pasado para exaltar la grandeza del presente e inculcar orgullo nacional; al reinterpretar su historia, incurrieron en una amnesia selectiva, en la que establecieron un vínculo con civilizaciones distantes y decidieron olvidar el pasado inmediato del difunto Imperio otomano. De esta forma, se propagó un sentimiento nacional en la población, una creencia de que constituían una nación y que, por ello, debían practicar la autodeterminación.⁹ Ambas naciones fueron “cuerpo[s] socialmente movilizad[o]s de individuos que creen estar unidos por características que los diferencian de extranjeros y buscan crear o mantener su propio Estado”.¹⁰ Mientras que el nacionalismo griego fue el deseo de abandonar un barco que se hundía, el proyecto turco fue el intento de mantenerlo a flote.

Uno de los propósitos de Özkirimli y Sofos es aportar una explicación teórica de los procesos de formación nacional en ambos países; sin embargo, su obra semeja más una crónica que un análisis teórico. En pocas ocasiones recurren al tipo de análisis

⁹ Ernst B. Haas, “Reseña: What is Nationalism and Why Should We Study It?”, *International Organization*, 40 (1986), p. 727.

¹⁰ *Ibid.*, p. 726.

que habría hecho mucho más fructífera toda la documentación histórica. Por ejemplo, la proposición del politólogo Ernst B. Haas –fundamentada en la acción racional– de que el nacionalismo es una forma de racionalización, que mantiene una sociedad unida mientras está “siendo sacudida por la presión de la modernización”¹¹ habría sido adecuada para explicar tanto la identificación turca con el Estado otomano cuanto los anhelos de secesión de las poblaciones griegas. Además, aunque los autores denotan claramente la función de las nociones de atemporalidad nacional que establecen ambos Estados, no mencionan que tal comportamiento refleja la capacidad del nacionalismo para movilizar grupos sociales, al hacer que los individuos internalicen la visión sesgada de su nación que los gobiernos imparten,¹² lo que denota control de la agenda política e intentos de adoctrinamiento.

Entre las pocas propuestas teóricas, una de las básicas es fácilmente cuestionable. Teniendo en mente los numerosos debates que se llevaron a cabo en ambos países respecto al futuro de sus naciones –la discusión en Grecia respecto a los límites que debería tener su territorio o las disputas en Turquía en cuanto a la superioridad del turquismo sobre islamismo y otomanismo–, los autores aportan su grano de arena en el estudio del nacionalismo: para ellos, éste debería entenderse como “un campo de posiciones en el que circulan narrativas diferentes que, en ocasiones, compiten entre sí; un terreno que desafía la camisa de fuerza de la categorización clara, donde ósmosis e intercambio son la norma” (p. 195). Mientras que Haas interpreta el conflicto entre diferentes “misiones” para una nación como un fracaso en la racionalización,¹³ según Özkirimli y Sofos, el debate es inherente a todo nacionalismo, una cualidad positiva derivada de su dinamismo.

Sin embargo, si su rechazo hacia el etnosimbolismo y sus representantes no fuese tan tajante, podrían haber caracterizado ambos casos según la tipología de Anthony D. Smith, quien estableció una distinción entre nacionalismos “verticales” y “horizontales”. Así, se

¹¹ *Ibid.*, pp. 708-711.

¹² Y. Tamir, art. cit., p. 437 s.

¹³ E. B. Haas, art. cit., p. 728.

hace notoria la gran diferencia entre ambos proyectos nacionalistas. Por un lado, el grueso de la población griega decidió aceptar en sentido “horizontal” la genealogía que el romanticismo europeo le adjudicaba, para llevar a cabo una revolución burguesa, caracterizada por abundancia de debate en cuanto al futuro de la nación; por otro, aunque, a principios del siglo xx la insatisfacción ante el régimen del imperio era general y ampliamente discutida, tras la revolución, Atatürk tuvo la capacidad de imponer su proyecto nacional, muchas veces por encima de la voluntad general –como la secularización del Estado turco y la imposición del alfabeto latino–, mostrando un ejemplo típico del nacionalismo vertical: la ideología de quien impone sus creencias se vuelve un mito.¹⁴

Esta laguna en el estudio de Özkirimli y Sofos se debe a su desinterés en cuanto al poder y autonomía del Estado en cada país. Retomando la noción del Estado como actor, expuesta por Theda Skocpol en *Bringing the State Back In*,¹⁵ se podría evaluar la autonomía estatal durante el gobierno de Atatürk por la forma en que se procuraron metas que no necesariamente reflejaban los intereses de la población –incluso llegando a medidas extremas, como el exterminio de armenios en 1915–, para reorientar de desarrollo de la nación. Así, la pluralidad de narrativas y proyectos que los autores establecen como indispensable para el estudio del nacionalismo se vuelve irrelevante ante un órgano estatal tan fuerte y autónomo como el turco.

No obstante, los autores aciertan al decir que los nacionalismos griego y turco son, en el fondo, una lucha por la hegemonía. La afirmación se fundamenta en la transición de apertura a la homogeneización en ambos proyectos nacionalistas. En sus comienzos, estos nacionalismos se caracterizaron por una flexibilidad que les permitió colonizar minorías y recibir apoyo de minorías étnicas para su causa. Sin embargo, cuando su presencia comenzó a ser

¹⁴ *Loc. cit.*

¹⁵ Theda Skocpol analiza esta propuesta y la contrasta con la de entender el Estado “de una forma más macroscópica, como configuraciones de organización y acción que influyen en los significados y métodos de política para todos los grupos y clases en la sociedad” (Peter Evans *et al.* [eds.], *Bringing the State Back In*, Cambridge, University Press, 1985, pp. 8-28).

problema para la unidad del proyecto nacional, ambos Estados pasaron de políticas pacíficas, como la asimilación, a otras más violentas, como marginalización, expulsión y exterminio. Tal descripción podría aclararse mediante la afirmación que Yael Tamir hace en “The Enigma of Nationalism”, donde establece que el sentido de pertenencia creado por la identidad nacional –aunque ofrece a los individuos redención, rescate de la alienación y una condición igualitaria– en ningún sentido elimina las divisiones de clase o estatus, lo cual implica que la igualdad, según proclama el nacionalismo, no es política, sino comunal.¹⁶

Quizás la aportación teórica más importante es que “el simple reconocimiento de que naciones y nacionalismos son construcciones no es suficiente para contrarrestar su ‘realidad’ [...]; su habilidad para estructurar, generar significado y moldear la imaginación” (p. 193). En este sentido, los autores parecen decir que las naciones no sólo son “comunidades políticas imaginadas”, como las definió Anderson,¹⁷ sino que también moldean la imaginación de quien las crea. Con esta propuesta, se plantea una bilateralidad sugerente en el estudio del nacionalismo, digna de tomarse en cuenta, aunque poco tratada en el texto.

Lamentablemente, el aspecto más cuestionable de *Tormented by History* es su premisa más importante. Insinuar que ambos casos son mitades idénticas de una prueba de Rorschach facilita las comparaciones; no obstante, los proyectos nacionalistas turco y griego distan de ser “monólogos paralelos”. La historia de ambos países –y particularmente el periodo caracterizado por la “hegemonía”, que los autores tratan en detalle– se asemeja más a un diálogo violento, caracterizado por conflicto constante e interacciones interestatales. Lejos de ser soliloquios enunciados por personajes “atormentados por la historia”, su semblanza es la de dos naciones que se han torturado mutuamente por décadas, distanciadas sólo por el mar que las separa. La escasez de observaciones en cuanto a los vínculos históricos entre ambas naciones resulta

¹⁶ Y. Tamir, art. cit., p. 435.

¹⁷ La clásica definición modernista completa de este académico en Benedict Anderson, *Imagined Communities*, 2ª ed., Londres, Verso, 1995, pp. 5-7.

sorprendente en un análisis que las caracteriza como “antagónicas, pero dialécticas”. Entre las pocas menciones que se hacen a las relaciones internacionales entre ambos Estados, sólo destaca el intercambio poblacional establecido en el Tratado de Lausana. Al mencionar los irredentismos de ambas naciones, no se profundiza en los conflictos políticos que causaron entre ellas; se menciona el caso de Chipre, pero no se ahonda en él, y no hay referencias a la protesta de Grecia en cuanto a la entrada de Turquía a la Unión Europea.¹⁸ En un esfuerzo por caracterizar dos historias como líneas paralelas, los autores decidieron obviar los puntos de mayor semejanza entre éstas. Así, pues, la selección de casos parte conscientemente de la oposición entre ambas naciones, pero se olvida intencionalmente en el camino.

Tormented by History, como las naciones que trata, es un proyecto ambicioso que, lamentablemente, sufre de amnesia selectiva. Su narración histórica es laudable para el poco espacio en el que se llevó a cabo, y la inclusión de discursos nacionalistas de intelectuales, artistas y políticos enriquece y hace tangibles las interpretaciones históricas de los autores. La estructura de la obra es innovadora y su división temática refleja un buen intento por encontrar los puntos centrales del estudio del nacionalismo. Las conclusiones del libro, a la vez propuestas teóricas, muestran interés en la dinámica del nacionalismo y voluntad para contribuir a los debates de su estudio. Ésta es una obra ambiciosa en muchos sentidos, pero conformista en otros; cumple con todo lo que se propone; sin embargo, no propone todo lo que debería. La analogía que Özkirimli y Sofos presentan para estudiar los nacionalismos griego y turco, a pesar de su valor poético, resulta inadecuada para un análisis concreto, cuya escasez de menciones a relaciones interestatales es inesperada en virtud de los países que trata.

CARLOS EDUARDO LÓPEZ CAFAGGI

¹⁸ Una exposición breve, pero concreta, del nacionalismo en Grecia y Turquía, orientada a las relaciones internacionales entre ambos países, puede verse en Douglas Woodwell, *Nationalism in International Relations: Norms, Foreign Policy and Enmity*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007.

Gian Luca Gardini, *Latin America in the 21st Century: Nations, Regionalism, Globalization*, Londres, Zed Books, 2012, 146 pp.

Las interpretaciones sobre la historia política reciente de la región iberoamericana frecuentemente se detienen en lo que se ha dado en llamar “ola rosada”. Los gobiernos caracterizados como pertenecientes a esa “ola” son aquellos de carácter “progresista”. Así, América Latina se ha fortalecido como tema de estudio por sus cambios políticos, económicos y sociales recientes. Varios autores han entrado al debate. De esta forma, las intenciones de este libro embonan con otros títulos interesantes como *Comparative Politics of Latin America: Democracy at Last?*,¹ *Latin American Democracy: Emerging Reality or Endangered Species?*² y *Latin America after Neo-liberalism: Turning the Tide in the 21st Century?*³ Sin embargo, conviene señalar que lo que caracteriza a esta obra es su fortaleza descriptiva. Es una investigación cuya profundidad no va más allá de la monografía; es, de hecho, una lectura insustituible para aquellos cuyo conocimiento de América Latina contemporánea es incipiente. Y, por otro lado, también es buena lectura para los observadores informados, pues puede dar pie a debates interesantes.

Desafortunadamente, la experiencia profesional y los conocimientos del autor parecen no haber sido aprovechados cabalmente. Gardini, profesor de relaciones internacionales y política latinoamericana en la Universidad de Bath, desarrolla el análisis de la región en tres tiempos. Primero, emplea un enfoque más bien casuístico, destacando generalidades de algunos de los países de la región. En segundo lugar, abunda en un análisis regional, ofreciendo explicaciones sobre las iniciativas de integración que han surgido en América Latina. Por último, analiza la región dentro de la dinámica del “mundo globalizado”.

Hay varios aspectos para destacar de este volumen. Su fortaleza principal es que el autor toma en cuenta para el estudio acontecimientos muy recientes. A eso sume el lector que el discurso del

¹ Daniel C. Hellinger, Nueva York, Routledge, 2011.

² Richard L. Millet *et al.* (eds.), Nueva York, Routledge, 2008.

³ Eric Hershberg y Fred Rosen (eds.), Nueva York, New Press, NACLA, 2006.

libro procede a manera de *crescendo*, de lo micro a lo macro, es decir, de un análisis de casos a uno de la región y, por último, a uno de la región en el contexto internacional, en el proceso de globalización.

El libro vale la pena por otro hecho esencial: es una muy buena monografía sobre América Latina contemporánea. Sin embargo, da la impresión que la intención no fue escribir un documento monográfico, sino uno de mayor profundidad analítica. Es mucha la actualidad de un estudio general sobre la historia reciente de América Latina para el público lector en inglés y en italiano –idiotoma en el cual se editó originalmente–, sin embargo; este libro yerra en ese punto, pues el apartado de casos no abarca siquiera a todas las naciones grandes de la región. Y el autor no explica convincentemente cuál fue el criterio para definir los casos que estudiaría.

Otro de los aciertos importantes es la sencillez de la estructura del libro. Llanamente: cuenta con sólo tres capítulos, que se corresponden con las etapas del análisis que ya se han mencionado. Este tipo de ordenación hace del libro un documento claro y conciso. Sin embargo, hay varias acotaciones que hacer.

Primero, la introducción es una buena entrada a la temática del libro, en la cual se destaca puntualmente la esencia cultural y el desarrollo político de la región. Gracias a este apartado introductorio, el lector puede suponer los alcances del libro y conocer la metodología. Como se ha dicho arriba, Gardini propone un análisis con base en tres niveles de discusión: los Estados, la región y América Latina en el mundo. Acaso lo que se extraña es una explicación que convenza de que el método más adecuado es articular el volumen de lo particular a lo general. Otro punto omitido es la explicación para la selección de los casos de los cuales se habla profusamente en el primer capítulo. El lector no llega a desentrañar si se trata de casos más similares o más diferentes, aunque sí puede intuir que es una mezcla de los dos y quizás hasta aventurar que en la selección no estuvo ausente la preferencia del autor por los casos.

Los tres capítulos tienen varios subtítulos que estructuran bien la información. En el primero, “The States of Latin America: Between Rhetoric and Pragmatism”, se bosqueja un panorama general de América Latina en términos políticos. En las páginas siete y ocho se detallan los cinco casos de estudio (Brasil, Argentina, Chile,

Venezuela y Bolivia). El análisis cubre las últimas tres décadas en cada caso. Hay dos cosas para decir de este apartado. La primera: el argumento no convence de la pertinencia de su selección casuística. Su explicación es casi tautológica: “estos casos son esenciales para entender la dinámica de América Latina contemporánea”. Aun sin alguna animosidad, el lector fácilmente puede cuestionarse por qué esos países y no otros; en qué estriba la “esencialidad” de esos cinco. Y es evidente que están ausentes países que, de primeras, son importantes en la dinámica regional, a saber: Colombia, México o Perú. De segundas, los tres podrían servir de forma inmejorable a la investigación, pues la relación que han establecido, en su circunstancia individual, con Estados Unidos ha sido muy estrecha. Por supuesto, las referencias a esos países y otros más no son nulas, aunque limitadas.

El segundo asunto para mencionar del primer capítulo está relacionado con el análisis. Si el libro está en manos de un lector poco informado sobre América Latina, éste no podrá desentrañar plenamente las claves de la historia política contemporánea de los cinco casos de estudio. Y si, por el contrario, el libro llega a un lector bien informado, éste tendrá algunas reticencias por la superficialidad del estudio. He aquí varios ejemplos: se extraña una explicación un poco más detallada de la transición brasileña a la democracia, determinante de su trayectoria democrática reciente, que pudiera haberse referido al movimiento “Direitas Ja!” y al liderazgo de Tancredo Neves. También, dado lo reciente de la monografía, hubiera venido bien puntualizar algunos detalles de políticas públicas brasileñas como el Sistema Único de Salud.

En el apartado de Argentina se extraña un poco más de detalle sobre los periodos de gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, aunque hay que reconocer que es suficiente la información sobre los gobiernos de Carlos Saúl Menem y los problemas económicos del país a finales de los noventa y principios de la década de 2000.

Para terminar de ejemplificar estas ausencias que aunque no demasiado relevantes hubieran robustecido el libro, vienen bien los casos de Venezuela y Bolivia. Sobre Venezuela hacen falta un párrafo o dos que expliquen los problemas en el sistema político venezolano emanado del Pacto de Punto Fijo, para poner al lector

en contexto. Es decir, para ofrecerle una visión completa de la situación de ese país en la década de 1990, pues los problemas no sólo eran económicos, sino también políticos.

Sobre Bolivia está totalmente ausente cualquier explicación sobre la década de 1980. Nada dice el libro sobre los problemas que encaró el gobierno de Hernán Siles Suazo, ni sobre aquellos de tipo económico que enfrentó Víctor Paz Estenssoro; mucho menos sobre el Decreto Supremo 21 060 y la Nueva Política Económica. En fin, esos hechos no son triviales, pues han definido la vida política, económica y social de Bolivia hasta la fecha. Hacen falta también referencias al periodo de dictadura y a la revolución de 1952, pues, como algunos otros países latinoamericanos, los acontecimientos históricos en Bolivia, además de haber ido concatenados desde 1952, a lo largo de la segunda mitad del siglo xx tuvieron frecuentemente protagonistas repetidos.

El subtítulo que ofrece una visión general del “resto” de los países de la región –no de todos– confunde la sencillez con la simpleza. De modo que es natural que la descripción sea de muy poco alcance y, hasta cierto punto, minimice algunos temas.

El primer capítulo concluye con unas consideraciones finales en las que, desafortunadamente, Gardini yerra la síntesis. Para más detalle: los enunciados de las conclusiones son difíciles de ligar con el desarrollo del capítulo. Además de eso, los apuntes finales se enfocan en grandes temas –tal vez demasiado grandes– que escapan a la sustancia del capítulo, como el resurgimiento del nacionalismo “radical”, las características populistas de ciertos gobiernos, los problemas económicos de la región y una frase interesante según la cual “desde el Chile neoliberal, al México liberal ortodoxo y a la Venezuela ‘radical’, el Estado –no el mercado o el crecimiento económico– ha estado en el centro de las estrategias de cambio social”.

El segundo capítulo, “Latin American Regionalism: Between Unity and Diversity”, no tiene desperdicio. Es un muy buen análisis en el que puntualmente se destacan los esfuerzos de integración regional entrelazándolos con los acontecimientos históricos relevantes para la dinámica política de América Latina. Así, el autor ofrece una revisión histórica de las relaciones de los países de

la región desde su independencia, estableciendo, además, su comunión en tanto antiguas colonias españolas.

En la clara imagen que ofrece el libro, aparece el regionalismo americano visto en la época de la Guerra Fría. Se destacan los procesos de la Organización de Estados Americanos y las dificultades que ha enfrentado como organismo integrador, debido a la participación de Estados Unidos y a la marginación de Cuba. Están también la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), caracterizada como puntal de la cooperación sur-sur; la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), con su antecedente la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio; el Mercado Común Centroamericano; la Comunidad del Caribe (Caricom).

Uno de los problemas, si no es que el principal, de los intentos de cooperación e integración regional durante el periodo señalado, fue la contradicción que implicaban las similitudes estructurales entre las naciones americanas. Es decir, los problemas, las contradicciones sociales y las dificultades políticas eran similares, de forma que no estaban dadas las condiciones para que algunos se convirtieran en los soportes de otros. A eso súmese la dificultad de desarrollar un comercio vigoroso entre las naciones de la región, por tener mercados con condiciones similares. Esa idea explica por qué, por ejemplo, México no hubiera tenido a la cooperación internacional como uno de los puntales de su política exterior, a pesar de tener una posición de liderazgo. En este tema se muestra que, en el siglo XXI, las cosas han empezado a cambiar. Y en el mismo caso mexicano se puede observar el ascenso de la cooperación internacional como un tema toral de política exterior.⁴

En otro orden de ideas, el autor ofrece un apartado en el que analiza los esfuerzos de integración después de la caída del Muro

⁴ Al respecto puede verse Carlos Alba Vega y Gustavo Vega Cánovas (coords.), *Haití y México: Hacia nuevas formas de cooperación*, México, El Colegio de México, 2012, y, Rogelio Granguillhome Morfín, “La evaluación de las acciones de cooperación internacional para el desarrollo”, en Claudia Maldonado y Cristina Galíndez, *Monitoreo, evaluación y gestión por resultados. Aprendizaje y cooperación Sur-Sur para la innovación: El papel de los actores subnacionales*, México, CIDE-CLEAR, 2013.

de Berlín. Expone al lector el proceso histórico y político del Mercado Común del Sur (Mercosur) y los mecanismos de convivencia que ha desarrollado. Dice bien que uno de los principales problemas en la juventud del Mercosur fue, de nuevo, las similitudes entre los mercados de los países miembros, es decir, su equivalencia en lugar de su complementariedad. Aunque, por otro lado, además de contenido económico, el acuerdo de integración del Mercosur tiene también contenido político, cuya defensa de la democracia lo caracteriza.

Aparte de la bien lograda historia del Mercosur, el segundo capítulo también contiene un ligero repaso del proceso histórico del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y las vicisitudes que ha significado como intento de integración regional. Asimismo, lo caracteriza como un proyecto encaminado a establecer un bloque fuerte, en la circunstancia inmediata posterior al fin del socialismo real. En ese sentido, con todos los contratiempos que ha implicado para México, el TLCAN, según el autor, ha sido, además, un paso en el alejamiento de México respecto de América del Sur. Pues, en la primera década del siglo XXI, con el surgimiento de gobiernos sudamericanos cada vez más interesados en diversificar sus relaciones comerciales, México, como tercer firmante del TLCAN, se ha ubicado en un bando distinto al de sus vecinos del sur, por ejemplo, en las discusiones de la iniciativa norteamericana del Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA). Entre otros detalles, también señala que la asimetría evidente de México respecto de sus socios Estados Unidos y Canadá ha sido un problema para implementar a cabalidad algunos ejes del tratado, así como para aprovechar a plenitud los mecanismos de integración para atender problemas comunes, de los cuales el tráfico de drogas ha sido el más importante de los últimos años. Y parece que lo seguirá siendo.

Además de la exposición detallada sobre la Comunidad Andina de Naciones y, en general, de los mecanismos multilaterales del Sistema Interamericano, el libro tiene un repaso puntual de las nuevas iniciativas de integración regional, todas interesantes por sí mismas. Según nos dice, transversales a todos esos proyectos, los países de la región han definido cuatro líneas de política:

1. Dejar atrás el modelo neoliberal. Buscar un modelo de desarrollo sustentable *opuesto* a la ortodoxia macroeconómica y al crecimiento económico *per se*.

2. Aprender del pasado. Evitar la búsqueda de proyectos muy ambiciosos, intentando en su lugar iniciativas realistas y viables de realizar con los recursos disponibles.

3. Construir un modelo único de integración que no imite otros enfoques y que responda a las necesidades de la región en su conjunto, tomando en cuenta sus particularidades culturales.

4. Pragmatismo y apertura hacia todos los posibles socios globales. Esto incluye una revisión crítica de la posición regional en los foros internacionales, así como el desarrollo de alianzas estratégicas y comerciales.

Esta propuesta es sumamente interesante, pues, entendiendo los cuatro puntos el lector podrá comprender, por ejemplo, la fuerte oposición que dieron los países de la región a la iniciativa estadounidense del ALCA; o, por otro lado, la creación de la Unión de Naciones Sudamericanas (Unasur). En ese tenor, también hay que tomar en cuenta las iniciativas surgidas de la diplomacia activa del gobierno de Venezuela. Una de ellas muy particularizada hacia los socios políticos del gobierno de Caracas (Alternativa Bolivariana para las Américas, ALBA); la otra, lograda como una franca muestra del interés de los gobiernos de la región latinoamericana por establecer diferencias con Estados Unidos, a saber: la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC). Cabe mencionar que este proyecto no tiene un apartado especial en el libro, si bien cuando se escribió aún no se concluía el proceso de formación de la Comunidad. Probablemente, si existiera una segunda edición, el autor podría robustecer este segundo capítulo con los acontecimientos recientes, que han modificado, en varios sentidos, la configuración del marco regional latinoamericano.

Finalmente, el tercer capítulo, titulado “Latin America in the World: Between Change and Continuity”, se ocupa de analizar las circunstancias de la región en el ámbito internacional. El autor ofrece un apartado histórico revisando las relaciones de la región, en su conjunto, con Estados Unidos, destacando que ha sido un escenario de tensiones constantes. Particularmente, de la revisión del

gobierno de George W. Bush destacan temas que ocuparon la agenda continental, como el ALCA, el viraje de la política de Bush a partir del 9-11, la relación con Cuba, la vinculación estrecha con Colombia y, por supuesto, la expectación que levantó la llegada de Obama al gobierno –sin que la situación cambiara drásticamente–.

La otra vertiente de este capítulo tiene que ver con las relaciones comerciales entre los países de la región y la Unión Europea y China. Ambos casos destacan por ser vínculos comerciales que han ido en aumento; sobresalen los altos volúmenes de inversión europea en América del Sur, así como la vinculación de China con algunos países de la región, con el desarrollo de proyectos en el área energética. El autor discute este vínculo con China y señala que la colaboración económica en aumento con el gigante asiático puede convertirse en problemática para los países latinoamericanos, pues bien podría desarrollarse una nueva relación de dependencia, que presentaría retos importantes.

Sobre la “ola rosada”, el tercer capítulo incluye un apartado de reflexiones de cara a la nueva década. Acaso con mala suerte, los acontecimientos han echado abajo el optimismo de Gardini sobre los resultados económicos y sociales de los gobiernos caracterizados en ese concepto. De 2009 a la fecha, los cambios políticos que se han sucedido en la región han puesto en duda las predicciones de los politólogos. Ha habido golpe de Estado, desaparición de liderazgos y dificultades económicas importantes, así como reacomodos en la configuración de los gobiernos latinoamericanos. Todo eso, sin demeritar el trabajo del autor de esta obra, ha modificado las características del objeto de estudio. Sin embargo, eso no lleva a lamentar el posible desfase de ciertas partes de este buen libro, sino a despertar en el lector –y en el propio autor– un interés por encontrar nuevas hipótesis para el proceso político de América Latina, que parece estar en renovación acelerada.

Así pues, una vez visto el panorama, el lector estará de acuerdo con Gardini cuando dice que, a pesar de todo, América Latina parece haber aceptado la necesidad de formular mecanismos y soluciones particulares para los problemas locales, teniendo en cuenta las particularidades regionales. Ese es un buen punto de partida. Con todo, cualquier optimismo es de pronóstico reservado, en tanto el

autor concluye que el éxito futuro de América Latina dependerá primordialmente de sus élites gobernantes.

JAIME HERNÁNDEZ COLORADO

Guillermo Vázquez Vicente, *Integración económica y apertura comercial en Centroamérica*, Madrid, Plaza y Valdés, 2012, 296 pp.

No hay unanimidad a la hora de atribuir la autoría de la célebre frase: “Si avanzo sígueme, si me detengo empújame, si retrocedo mátame”. Desde Napoleón a Guevara, no existe un consenso al respecto, pero muchas personas atribuyen la máxima a Francisco Morazán, sin lugar a dudas, uno de los próceres de la integración centroamericana por la experiencia frustrada de la República Federal de Centroamérica en el siglo XIX. Sin entrar en el debate sobre su autoría, sí conviene tener presente esta afirmación al leer el libro que se presenta a continuación, fruto del trabajo de Guillermo Vázquez Vicente, profesor de Economía de la Universidad Rey Juan Carlos, centrado en el análisis del actual proceso de integración centroamericano y que busca examinar en qué medida éste ha avanzado desde su reactivación en la década de 1990.

Promovido por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), tanto en Centroamérica como en el resto de la región latinoamericana se impulsa a principios de los noventa el llamado “regionalismo abierto”, que aboga por una integración por medio de la liberalización intragrupo que logre una transformación productiva y mejore la inserción internacional de los países latinoamericanos. En Suramérica ese regionalismo toma forma a través del Mercosur y la Comunidad Andina de Naciones (CAN), mientras en Centroamérica éste se expresa a través del Protocolo de Guatemala de 1993 que da continuidad al Tratado General de Integración Económica Centroamericana (TGIEC) y crea el Subsistema de Integración Económica en el marco del Sistema de Integración Centroamericano (SICA). Este nuevo impulso al TGIEC es el que *Integración económica y apertura comercial en Centroamérica* pretende estudiar en

sus ocho capítulos, atendiendo no sólo a sus logros en materia económica sino también a sus avances para la ciudadanía centroamericana desde un enfoque multidimensional.

Siguiendo las pautas académicas, el estudio se abre con una introducción en la que se explicita el objetivo del “regionalismo abierto”, el periodo de análisis, el enfoque teórico adoptado, así como el esquema empleado y la hipótesis del autor. Así, lejos de ser una estrategia de desarrollo novedosa, el “regionalismo abierto” buscaría un incremento del crecimiento económico por medio de la ampliación horizontal y vertical de la demanda que permita de este modo un desarrollo sostenible. Como periodo de análisis, el estudio analiza el espacio temporal que transcurre de 1990 a 2005, momento en el que El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua ratificaron el Tratado de Libre Comercio entre República Dominicana, Centroamérica y Estados Unidos (DR-CAFTA, por sus siglas en inglés). Es decir, se estudian los quince años en los cuales opera el “regionalismo abierto” en Centroamérica “sin lo que podríamos considerar ‘grandes influencias’ externas que pudiesen distorsionar sus potencialidades de manera importante”. A partir de un marco teórico que se inscribe en la teoría de la integración económica internacional y, en especial, en la teoría de las uniones aduaneras, la hipótesis de Vázquez es que no hay una correspondencia entre los objetivos del proyecto de integración centroamericano que se retoma en los noventa con las demandas de desarrollo y las formas jurídicas en las que se ha traducido, de ahí que éste afirme que la integración centroamericana está atravesando una “crisis orgánica”.

Al hablar de reactivación para caracterizar el nuevo impulso de la integración en el istmo centroamericana durante los años noventa, conviene tener presente los antecedentes históricos que ponen en marcha con anterioridad este proceso, de ahí que el estudio aborde en su capítulo 2 un análisis histórico en el que se repasan los primeros proyectos en los que tiene una gran influencia el mencionado Morazán, y los procesos más recientes que preceden al “regionalismo abierto”. Tras repasar el proyecto de Federación y los factores que influyeron en su fracaso, Guillermo Vázquez expone el proyecto de ODECA, el cual, pese a tener un claro componente

político, opera como un revulsivo para la integración económica; a continuación se presenta el antecedente más inmediato de la integración centroamericana de los noventa y el que todavía hoy es el marco de la integración económica: el Tratado General de Integración Económica (TGIEC). Como se recuerda y conviene tener presente, la desigual percepción sobre los beneficios y costes del proceso de integración causó fracturas en el TGIEC a finales de los sesenta y se manifestó con la llamada “Guerra del fútbol” que provoca la posterior salida de Honduras. Más adelante se analiza el balance de la integración por países con base en distintas variables socioeconómicas; no conviene perder de vista esta lección histórica, ya que, si se reproducen las dinámicas del pasado, pueden repetirse también sus consecuencias.

Tras el repaso histórico, el capítulo 3 hace una revisión del marco institucional del proceso de integración centroamericano, centrándose sobre todo en su dimensión económica. Se caracteriza el marco institucional, amplio, que cubre la mayor parte de los ámbitos y sectores (política, económica, social, seguridad, etc.), y se subraya su índole no centralizada y acumulativa. Como los propios líderes centroamericanos han reconocido, existe un preocupante desajuste entre la agenda del proceso integrador y su ejecución. Desde el encuentro de San Salvador en 1995 se busca racionalizar este marco institucional y establecer prioridades en la agenda; sin embargo, las reformas, en su mayoría de naturaleza administrativa, han sido parcialmente abordadas. Como plantea Vázquez, se espera el desarrollo de las competencias contempladas en los tratados y protocolos, una mayor coordinación interna de las instituciones y órganos del SICA, mayor articulación entre los gobiernos centroamericanos, y una mayor coherencia del marco institucional. Una agenda de integración realista es uno de los principales retos de la región, con prioridades alcanzables a corto y mediano plazo, acompañado de un compromiso firme de los actores políticos.

En un cuarto capítulo se examina la integración del istmo centroamericano desde el punto de vista de la teoría de la integración. En línea con la desconexión entre discurso y praxis, pese a la denominación de Mercado Común Centroamericano (MCCA) o las aspiraciones de una Unión Económica Centroamericana, la inte-

gración en esta región está lejos de responder a los rasgos característicos de un mercado común o a una unión económica tal y como se recoge en el Protocolo de Guatemala. Como se evidencia en el estudio –repasando los avances en materia de integración negativa, integración positiva, política comercial común, política fiscal común y sistema de pagos–, la evolución del proceso sólo permite hablar de una unión aduanera imperfecta o tendente a una unión aduanera. El arancel externo común, por mencionar un ejemplo sintomático a la hora de poner en marcha una unión aduanera, debía estar operativo desde el año 2000 y era una condición para el Acuerdo de Asociación con la Unión Europea; pero, como señala Vázquez, todavía tiene 4.3% de los rubros sin aplicarlo, en su mayoría productos agrícolas de gran importancia para países en desarrollo como los centroamericanos.

Por su parte, los capítulos 4 y 5 analizan respectivamente el nivel de convergencia entre los países centroamericanos y su inserción internacional. En ambos casos se observa un patrón similar por el cual no todos los países centroamericanos han aprovechado la ampliación del mercado ni disfrutaron de las virtudes de la integración. Si Costa Rica o El Salvador registran un superávit en su balanza comercial, Honduras y Nicaragua encadenan déficits que les condena a un proceso de continua acumulación de deuda. Este patrón, sumado a la ausencia de mecanismos de compensación comercial y redistribución fiscal en el actual esquema de integración, condena a algunos países centroamericanos a captar capital extranjero por medio de flujos de AOD, remesas o préstamos internacionales, dado que la región (salvo Costa Rica), pese a las políticas de apertura, los ajustes y las privatizaciones, no ha conseguido atraer la inversión extranjera directa (IED). Por lo tanto, por efecto de la integración centroamericana no ha mejorado la competitividad internacional ni la dependencia exportadora tanto sectorial (bienes primarios o manufactura baja) como geográfica (Estados Unidos).

Tras subrayar la incapacidad de la teoría tradicional de las uniones aduaneras a la hora de incorporar el componente sociopolítico de la integración, Vázquez hace una revisión en el capítulo 7 de distintos indicadores que permiten valorar en qué medida la integración centroamericana ha promovido un nivel de ampliación

vertical suficiente como para sostener que se ha mejorado la calidad de vida de la población centroamericana. Así, tanto los indicadores de desigualdad económica y pobreza, como los de salud, educación, igualdad de género, inseguridad y gobernabilidad democrática ponen en evidencia que la mayoría de la ciudadanía, y con especial incidencia en las mujeres y la población indígena, se experimente un contexto de máxima vulnerabilidad social. El proceso de ampliación vertical que debería derivarse de la estrategia de desarrollo está lejos de unos niveles que puedan calificarse de exitosos. Como plantea el propio Guillermo Vázquez: “se impone la construcción de una ciudadanía centroamericana que no implique solamente una ampliación de derechos, sino también que éstos, sin excepción, se expandan hacia cada uno de los ciudadanos del istmo” (pp. 186 y 187).

El capítulo 8, por su parte, atiende a la evolución del crecimiento y la convergencia macroeconómica (tanto nominal como real) resultante de la integración económica en el istmo centroamericano. Si bien el PIB regional ha tenido una evolución positiva y sostenida, éste registra un comportamiento errático y con una pendiente decreciente. Por países se observan tres grupos de crecimiento en Centroamérica que tiene por un lado a Costa Rica, por otro lado a El Salvador y en un tercer grupo a Honduras y Nicaragua. Guatemala oscilaría entre el primero y el segundo en función de si se atiende al PIB total o al PIB per cápita. En cuanto a la convergencia nominal y real, no se aprecian signos en este sentido, tan sólo se observa un marcado carácter homogéneo de las políticas económicas que ha empeorado en su grado de cumplimiento en los últimos años. Por ello, se puede afirmar que la integración reactivada en los años noventa no ha servido para disminuir la brecha entre países, de ahí que, como plantea el autor, no se descarte la posibilidad de que se originen tensiones en las relaciones económicas, como ya había sucedido con Honduras en los años sesenta.

En definitiva, Vázquez plantea que el modelo de desarrollo económico institucionalizado por la CEPAL bajo el concepto de “regionalismo abierto” y con un enfoque marcadamente neoliberal –desregulación de la economía, privatizaciones y apertura comercial–, sin mecanismos de integración positiva, escondía

sus propias contradicciones: no ha logrado una transformación productiva real ni la superación de los problemas de dependencia geográfica y sectorial en cuanto a exportaciones. Además, el coste social derivado se ha extendido y en algunos casos incluso se ha profundizado, al grado de calificar los problemas de desigualdad, pobreza y vulnerabilidad de “desintegración social”. De ahí que el propio autor plantee la necesidad de un cambio de rumbo que implique una reestructuración de base. Para lograrla, éste aboga por una reestructuración formal del proceso de integración que apueste por un cambio de planes de política económica que deje de poner el foco en el control de los parámetros de ajuste macroeconómico y tenga como eje prioritario el desarrollo social. En todo caso, el futuro de la integración centroamericana pasa por responder a dos preguntas fundamentales a las que se hace referencia en este trabajo: ¿Qué integración se quiere? ¿Y hasta qué nivel de integración está la región dispuesta a llegar?

Ahora bien, la cartografía de la integración latinoamericana ha sufrido constantes vaivenes en los últimos años, y la región centroamericana no ha quedado excluida de ellos. Desde 2005, último año que toma en consideración Vázquez en su estudio, ha habido nuevos acuerdos extrarregionales que han alterado las relaciones económicas de la región e incluso un esquema de integración emergente que puede incidir con mucha fuerza en el futuro de la propia integración centroamericana. Por acuerdos extrarregionales se está haciendo referencia al mencionado CAFTA-RD y al Acuerdo de Asociación entre la Unión Europea y Centroamérica, mientras que por esquema emergente se está hablando de la Alianza del Pacífico, a la que Costa Rica ya se ha adherido y de la que Panamá tiene visos de seguir sus pasos. Si bien los acuerdos extrarregionales ya se toman en consideración en el estudio a la hora de hacer balance y escrutar escenarios futuros, la adhesión de Costa Rica a la Alianza del Pacífico, mucho más reciente, es un factor nuevo a tener en cuenta que visibiliza la geometría variable que está imperando en la región con una tupida red de flujos comerciales y financieros que atraviesa el istmo centroamericano y en la que distintos actores entran en escena. Además, en un marco más amplio, actualmente están negociándose acuerdos “megarregionales”

como el Acuerdo Transatlántico sobre Comercio e Inversiones entre los Estados-Unidos y la Unión Europea, o el Acuerdo de Asociación Transpacífico que vendrían a complicar aún más el entramado comercial y de inversiones.

En todo caso, frente a la paradoja señalada por Guillermo Vázquez de que hay poca discusión y poca teoría sobre integración en países en desarrollo cuando es en estos países donde más se ha puesto en práctica por medio de distintos procesos, *Integración económica y apertura comercial en Centroamérica* viene a suplir esa parquedad. Desde el rigor académico, es un magnífico balance de los quince años de “regionalismo abierto” en Centroamérica. El estudio, indispensable para los estudiosos de la integración y muy recomendable para los latinoamericanistas, deja un corolario claro: no existe correspondencia entre las demandas de desarrollo del proceso y las formas jurídicas que lo sustentan, por lo que es preciso reformular la integración centroamericana desde sus propios fundamentos, acompañándola de las políticas y los instrumentos que hagan efectivos los objetivos que se consensuen. Volviendo a la máxima que atribuimos a Morazán al inicio, la integración centroamericana no avanza y, si no se quiere acabar con ella, necesita un empujón para que el proceso tome vigor y sea capaz de superar la “crisis orgánica” en la que está inmersa. De esa forma puede responder a las necesidades de la ciudadanía centroamericana y hacer efectivos los derechos que actualmente no se le brindan. Explicando con solidez de dónde venimos, el trabajo que se ha presentado indica algunas pistas sobre a dónde puede apuntar la mira del proceso.

FRANCISCO J. VERDES-MONTENEGRO

Fabrice Lehoucq, *The Politics of Modern Central America: Civil War, Democratization, and Underdevelopment*, Cambridge, University Press, 2012, 204 pp.

Fabrice Lehoucq se propuso en este libro metas muy ambiciosas. Éste es un estudio regional, longitudinal y estadístico de seis países

de Centroamérica (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá), en que procura explicar el desarrollo político y económico del istmo desde los años setenta. Además, se propone responder tres debates en política comparada y economía política: ¿por qué ocurren las guerras civiles?, ¿por qué después se democratizan los sistemas políticos? y ¿cuáles son las consecuencias del desarrollo económico en la consolidación democrática?¹ El libro es una mezcla de historia comparada paralela y orientada al contraste: se exponen los fundamentos teóricos en los que se basa y luego procura describir cómo se ajustan los casos específicos a ese esquema conceptual, contrastando con los casos que no se comportaron de la misma forma.²

Según Lehoucq, las guerras civiles centroamericanas (en Nicaragua, El Salvador y Guatemala) ocurrieron porque había regímenes “inconsistentemente autoritarios” –incapaces de incorporar o erradicar a la oposición, con problemas de faccionalismo– que dieron lugar a movimientos sociales y políticos en su contra. Como no había instituciones políticas que regularan el acceso al poder estatal, la violencia era la única forma de liberalizar a los regímenes. La lucha de los campesinos, trabajadores y guerrilleros forzó a los gobiernos autoritarios a reformarse y conseguir la transición hacia la democracia. Su resistencia al cambio y la necesidad de Estados Unidos (que los apoyaba) para aceptar un acuerdo pacífico con los movimientos opositores hizo más difícil el proceso. Finalmente, un desarrollo económico bajo en los últimos años no ha ayudado a la consolidación democrática, pues dificulta la redistribución, acrecienta las debilidades estructurales del presidencialismo y disminuye la responsabilidad de los funcionarios públicos.

El autor procura explicar las guerras civiles en tres países centroamericanos mediante mecanismos fundamentalmente políticos. Luego de revisar estudios sobre guerras civiles en todo el mundo, considera que las explicaciones económicas, demográficas

¹ Mattei Dogan y Dominique Pelassy, *How to Compare Nations: Strategies in Comparative Politics*, New Jersey, Chatham House Publishers, 1990, pp. 132-133.

² Theda Skocpol y Margaret Somers, “The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry”, en Theda Skocpol, *Social Revolutions in the Modern World*, Cambridge, University Press, 1994, p. 83.

o étnicas no son útiles para entender los casos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Según Lehoucq, la naturaleza del régimen explica mejor su estabilidad y, por lo tanto, la propensión a un conflicto interno.

En la introducción y el primer capítulo se describe que antes del final de la década de 1960 los regímenes autoritarios eran inestables internamente, pero resistentes al paso del tiempo: se mantenían porque sus beneficiarios (las oligarquías terratenientes) podían organizarse velozmente para proteger sus intereses y mantener cerrado el sistema político, a pesar de que hubiera riñas entre los líderes militares por encabezar el gobierno. Éstas también evitaban que el sistema se reformara, pues había contragolpes de Estado cuando algún general pretendía ir contra los intereses del ejército o la oligarquía terrateniente. Las modificaciones en la política estadounidense hacia la región también fueron de suma importancia: cuando Carter se declaró defensor de los derechos humanos, los opositores de los regímenes autoritarios lo interpretaron como una señal de que había dejado de apoyar al gobierno. Durante las elecciones entre Carter y Reagan, la actitud estadounidense se volvió más conservadora e impidió que los gobiernos tomaran medidas reformistas (El Salvador) o menos violentas. La presidencia de Reagan fue marcadamente anticomunista y no permitió acuerdos con los movimientos de izquierda; el gobierno de Bush padre, finalmente, se preocupó más por los cambios en la Unión Soviética que en el istmo. La introducción del autor a la situación de Centroamérica antes de los años ochenta podría fortalecerse con lo que Mahoney, Pastor y D. Rueschmeyer *et al.* han argumentado sobre la herencia decimonónica (o la dependencia de ruta) de los regímenes autoritarios en el istmo y la importancia de las intervenciones estadounidenses en la región desde principios del siglo pasado, para entender cómo y por qué se desarrolló su carácter despótico.³

³ Rodolfo Pastor, *Historia mínima de Centroamérica*, México, El Colegio de México, 2011, p. 325; Dietrich Rueschmeyer, Evelyne Huber Stephens y John D. Stephens, *Capitalist Development and Democracy*, Chicago, University Press, 1992, pp. 259-268; James Mahoney, *The Legacies of Liberalism. Path Dependence and Political Regimes in Central America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001, pp. 236-284.

La explicación política de los conflictos parece ser acertada; pero hay algunos datos que debilitan su hipótesis. En las gráficas del libro, la caída en el salario real de los trabajadores coincide con las fechas en las cuales se reorganizaron las oposiciones políticas en contra de los regímenes autoritarios: el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) se reactivó a finales de los años sesenta (y no en 1972, como dice el autor),⁴ las guerrillas en El Salvador empezaron a formarse desde 1974, y desde 1972 en Guatemala (pp. 44, 18, 57). En la conclusión, el autor reconoce que las medidas del salario real podrían ayudar a explicar las guerras civiles, pero las pruebas que presenta en contra son insuficientes. Si “el conflicto no siguió a la caída en los salarios” en los países en que hubo guerra civil, sino que “la polarización, el aumento de la protesta urbana y la insurgencia rural precedieron a la caída en salarios reales” (p. 154), entonces las causas del conflicto, aunque fueran políticas, deberían buscarse en fechas anteriores a las que analiza el autor.⁵ Los datos de salarios reales también ayudarían a explicar los casos en que *no* hubo guerra civil, porque Honduras y Costa Rica no sufrieron caídas tan pronunciadas (aunque sí volatilidad). El autor no proporciona estos datos para Panamá, pero todo parecería indicar que coincide con los otros países sin guerra civil. Por otra parte, se citan estudios que se refieren al despojo de tierra que sufrieron los campesinos antes del conflicto en El Salvador y Guatemala, además de entrevistas a antiguos guerrilleros que se referían a este problema como motivo de su movilización, pero Lehoucq no los trata como causas (pp. 44, 56).⁶ Sería importante analizar la situación de tenencia de la tierra en estos países, como han hecho otros textos que han tratado la región.⁷

Un problema estructural es que el autor no define guerra civil. A la luz de otros textos, algunos casos, si no es que todos, podrían

⁴ Manuel Rojas Bolaños, “La política”, en Edelberto Torres-Rivas (coord.), *Historia general de Centroamérica*, t. 5: Héctor Pérez Brignoli (ed.), *De la posguerra a la crisis*, San José, FLACSO, 1994, p. 136.

⁵ R. Pastor, *op. cit.*, pp. 330-331.

⁶ Cfr. Elisabeth Jean Wood, *Forging Democracy From Below: Insurgent Transitions in South Africa and El Salvador*, Cambridge, University Press, 2000.

⁷ D. Rueschemeyer, E. H. Stephens y J. D. Stephens, *op. cit.*, pp. 244-249.

explicarse mejor en su desarrollo y resultados como revoluciones.⁸ Hace falta una explicación histórica más extensa para identificar correctamente por qué se movilizaron los ciudadanos en contra de los regímenes, primero de forma pacífica y luego mediante guerrillas. No hay argumentos sobre las estructuras de oportunidades políticas para demostrar que los regímenes inconsistentemente autoritarios eran más débiles en esas circunstancias precisas y por qué la protesta civil se convirtió en un reclamo violento contra el sistema político.⁹ En ninguno de los casos queda claro que se facilitara la expresión de las demandas o que el régimen estuviera más abierto a nuevos actores.¹⁰ De hecho, una revisión concienzuda de la intervención estadounidense en la región llevaría a pensar que los regímenes militares, a pesar de su inestabilidad, no estarían dispuestos a considerar un pacto con la oposición de izquierda. Después de todo, se habían formado bajo el esquema de la Escuela de las Américas.¹¹

En el tercer capítulo del libro, el autor sostiene que los regímenes democráticos surgieron de las guerras civiles; su explicación coincide con las ideas de Dankwart Rustow, Daron Acemoglu y James Robinson, y Léonard Wantchekon respecto a la transición a la democracia como resultado del conflicto. Lehoucq de nuevo rechaza las explicaciones de la teoría de la modernización y sintetiza dos argumentos alternativos: la democratización es una función de los cambios en los intereses de las élites y las acciones de la oposición terminaron con el despotismo reaccionario. La variable causal fue la guerra civil, que provocó cambios económicos –obligar a las élites terratenientes a invertir en comercio y finanzas por el conflicto en las zonas rurales– y políticos –la liberalización del régimen, porque se redujo la preferencia de las élites por

⁸ S. Tarrow y Ch. Tilly incluso utilizan el caso de Nicaragua para explicar una revolución (*Contentious Politics*, Londres, Paradigm Publishers, 2007, pp. 155-161).

⁹ Edelberto Torres-Rivas, “Notas para comprender la crisis política centroamericana”, en Trinidad Martínez Tarragó y Mauricio Campillo Illanes (coords.), *Centroamérica: crisis y política internacional*, México, CEDADE-CIDE, 1982, p. 41.

¹⁰ S. Tarrow y Ch. Tilly, *op. cit.*, p. 57.

¹¹ Héctor Pérez Brignoli, *Breve historia de Centroamérica*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 119.

el autoritarismo—. Esto, aunado a la pérdida del apoyo estadounidense a los gobiernos autoritarios por el final de la Guerra Fría, llevó a un punto muerto en la lucha entre el ejército y las guerrillas, e hizo necesario que ambas partes negociaran una salida al enfrentamiento. “Donde nadie ganó la guerra, todos construyeron la democracia” (p. 156).

El argumento no se confirma en los recuentos que hace el autor. En primer lugar, no hay muestra de que en Nicaragua o El Salvador hayan ocurrido los fenómenos que describía la teoría y que se dan por hecho en la conclusión. No se proporcionan pruebas históricas de que los intereses de las élites hayan cambiado por la acción revolucionaria, como han hecho Jeffery Paige o Elisabeth Jean Wood y, a falta de ello, parece que el factor más importante fue el fin de la Guerra Fría.¹² Además, los casos que no se ajustan al esquema teórico propuesto (Guatemala, Panamá y Honduras) se revisan muy superficialmente: Lehoucq le dedica dos párrafos a Honduras y no toma en cuenta la importancia estratégica del Canal de Panamá como motivación para la invasión estadounidense de 1989; sólo menciona que ésta fue “el equivalente funcional de una victoria insurgente” y permitió que, ya depuesto Noriega, la oposición se organizara de forma democrática (p. 89). En segundo lugar, el caso de Costa Rica fue muy distinto a los otros —Estados Unidos no intervino en la misma medida, el momento de la Guerra Fría era otro y tampoco hubo mediación internacional—, pero el autor usa el mismo esquema para interpretarlo. Finalmente, se omite casi por completo la importancia del grupo de Contadora y los acuerdos de Esquipulas, sin los cuales es difícil explicar que ambos combatientes aceptaran la democracia como solución asumida voluntariamente, y no como imposición estadounidense.¹³

¹² E. J. Wood, *op. cit.*, pp. 52-77; Jeffery Paige, *Coffee and Power. Revolution and the Rise of Democracy in Central America*, Cambridge, Harvard University Press, 1997, pp. 315-337.

¹³ R. Pastor, *op. cit.*, pp. 334, 338-339; Edelberto Torres-Rivas, “Introducción a la década”, en Edelberto Torres-Rivas (coord.), *Historia general de Centroamérica*, t. 6: Edelberto Torres-Rivas (ed.), *Historia inmediata*, San José, FLACSO, 1994, pp. 21, 209-219.

En esta sección del libro también se explica una tipología de los regímenes centroamericanos, que los clasifica como democráticos, semidemocráticos o autocráticos desde 1900 hasta 2010. El modelo toma en cuenta cinco condiciones necesarias para la democracia: la competencia en las elecciones, la extensión del derecho al voto, el respeto a los derechos civiles, la soberanía nacional y el control civil del ejército. A partir de ahí, el lector debe acudir a otros trabajos del autor para entender cómo se elaboraron las categorías y descubrir que la forma de operacionalizar las variables es bastante vaga y floja. Para clasificar a un país como semidemocrático, por ejemplo, es necesario que haya *algunos* informes de irregularidades o violencia, *algunas* restricciones para formar organizaciones o expresarse libremente en los medios de comunicación, *algún* tipo de injerencia directa de actores extranjeros en la política interna o *algunas* pruebas de que las fuerzas armadas ejercen algún poder extraconstitucional, pero nunca se establece un umbral objetivo para determinar la medida necesaria en que se cumplen tales condiciones.¹⁴ Además, la alternancia de partidos en el poder es una condición implícita de la democracia en el modelo, y debería aclararse en su formulación.

Los últimos dos capítulos del libro son un repaso de la situación económica y política de los países centroamericanos en los últimos veinte años con base en la tesis de Adam Przeworski sobre la relación entre el crecimiento económico y la estabilidad de la democracia.¹⁵ El autor concluye que los países han tenido bajo crecimiento económico porque carecen de Estados fuertes (con altas tasas recaudatorias y capacidad de invertir en infraestructura y servicios públicos), la inversión nacional y extranjera sigue siendo de corto plazo y, a pesar de los cambios en su estructura económica, mantienen los salarios muy bajos. La relación que, según Lehoucq, debería establecerse entre la democracia y la reducción de la desigualdad

¹⁴ Kirk Bowman, Fabrice Lehoucq y James Mahoney, "Measuring Political Democracy: Case Expertise, Data Adequacy, and Central America", *Comparative Political Studies*, 38, 2005, pp. 954-955. Cf. M. Dogan y D. Pelassy, *op. cit.*, pp. 24-29, 178-183.

¹⁵ Gerardo L. Munck, "Adam Przeworski: Capitalism, Democracy, and Science", en Gerardo L. Munck y Richard Snyder, *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2007, pp. 465-473.

no se presenta, porque no hay crecimiento económico y las democracias son muy jóvenes, lo que provoca que los electores no hayan aprendido a exigir cuentas a sus gobernantes y los partidos tengan programas menos estables. Así pues, los funcionarios manipulan las leyes electorales y los mecanismos de responsabilidad horizontal para mantenerse en el poder, pues les asegura una situación estable en un entorno de bajo desarrollo. Las tensiones naturales del presidencialismo (entre el poder ejecutivo y el legislativo)¹⁶ se exageran, y hay riesgos de regresiones autoritarias, como, según el autor, ha ocurrido en Guatemala, Honduras y Nicaragua. No se toman en cuenta, sin embargo, factores importantes para explicar el subdesarrollo, como las altas tasas de crecimiento demográfico, la corrupción burocrática y la dependencia del comercio exterior, particularmente con Estados Unidos.¹⁷ Por otra parte, el tratamiento del golpe de Estado que depuso a Manuel Zelaya el 28 de junio de 2009 es muy superficial, casi apologético. Según Lehoucq, el conflicto se debió a un presidente “demasiado ambicioso” a pesar del lenguaje “inusualmente explícito” de la constitución en contra de la reelección, cuya agenda “frustraron el congreso y la corte suprema” (p. 125); sin embargo, olvida mencionar el papel que desempeñaron los medios de comunicación (quienes presentaron a Zelaya como un político radical de izquierda, cercano a Hugo Chávez, desde principios de 2009), los reclamos de la élite empresarial ante las medidas contracíclicas (aumento del salario mínimo en 60%) que decretó el presidente después de la crisis de 2008 y, sobre todo, que sus opositores habían logrado renovar casi todos los altos cargos del sistema judicial poco tiempo antes del golpe. Éstos declararon “ilegal” e “inconstitucional” la propuesta de la “Cuarta Urna” para sondear a la población sobre una nueva asamblea constituyente, bajo el supuesto de que Zelaya la aprovecharía para intentar reelegirse, y promovieron el arresto del presidente. Tampoco se recuerda que el Sistema de Integración Centroamericana (SICA), la Unión de Naciones Sudamericanas

¹⁶ Giovanni Sartori, *Ingeniería constitucional comparada. Una investigación de estructuras, incentivos y resultados*, México, FCE, 2003, pp. 101-115, 188-197.

¹⁷ R. Pastor, *op. cit.*, pp. 343-348.

(UNASUR), la Alianza Bolivariana de los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y la Organización de Estados Americanos (OEA) rechazaron el golpe, incluso expulsando a Honduras de sus foros, negándose a reconocer al gobierno golpista de Micheletti.¹⁸ Finalmente, aunque sería muy útil para el contraste, no se explican los rasgos distintivos de Panamá y Costa Rica, que han crecido considerablemente respecto a los otros países de la región y logrado reducir la desigualdad significativamente, y sólo se les menciona como casos de éxito.

Cada una de las propuestas del libro de Fabrice Lehoucq exigía más evidencia histórica para comprobarse. Sin duda, es necesario señalar la responsabilidad estadounidense en las catástrofes políticas y sociales que sufrió la región, como bien hace el autor. También es bienvenido un libro que procure trascender las diferencias particulares de cada país y comprender los procesos políticos del istmo como parte de un todo con múltiples rasgos comunes, pero es irónico que se muestre más fuerte en la parte económica de su análisis, pues pretende dar explicaciones políticas a los fenómenos. Faltó explicar la fuerza y los efectos políticos y sociales que alcanzaron los movimientos populares y democratizadores de la década de 1920 y de la posguerra en cada país. La incorporación de las propuestas del Partido Comunista durante el gobierno de Rafael Calderón Guardia en Costa Rica, por ejemplo, permitió que las instituciones estatales que orientaron el desarrollo económico estuvieran más arraigadas, incluso después de la guerra civil.¹⁹ También

¹⁸ *Ibid.*, pp. 354-361. Según lo revelado por Wikileaks, incluso los mensajes enviados por el embajador de Estados Unidos en Honduras, Hugo Llorens, al Departamento de Estado reconocen que tuvo lugar un golpe de Estado, ilegal e ilegítimo, producto de una conspiración en contra de Zelaya (“Cable de la embajada de Tegucigalpa”, *El País*, Madrid, 29 de noviembre de 2010, http://internacional.elpais.com/internacional/2010/11/28/actualidad/1290898815_850215.html, consultado el 19 de junio de 2013).

¹⁹ Manuel Rojas Bolaños, “La política”, en Edelberto Torres-Rivas (coord.), *Historia general de Centroamérica*, t. 5: Héctor Pérez Brignoli (ed.), *De la posguerra a la crisis*, San José, FLACSO, 1994, p. 94; Edelberto Torres-Rivas, “Central America since 1930”, en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, t. 7: Leslie Bethell (ed.), *Latin America since 1930: Mexico, Central America, and the Caribbean*, Cambridge, University Press, 1990, pp. 175-176.

habría sido muy útil para el propósito del libro analizar la difusión de los conflictos y estrategias políticas en la región, incluyendo las consecuencias que tuvo para los otros países la caída de Árbenz en Guatemala (1954) o de Somoza en Nicaragua (1979). Finalmente, no analizar el poder y la importancia de las grandes compañías extractivas (como la United Fruit Company, la Cuyamel Fruit Company o la Standard Fruit Company) es una omisión que impide explicar completamente los procesos políticos en el istmo.²⁰ Las ideas de Lehoucq, sin embargo, no deben pasar inadvertidas en la discusión para intentar entender las trayectorias políticas de la región centroamericana, cuyos ecos llegan hasta nuestros días.

EFRÉN A. PÉREZ DE LA MORA

²⁰ Manuel Rojas Bolaños, "La política", en Edelberto Torres-Rivas (coord.), *Historia general de Centroamérica*, t. 5: Héctor Pérez Brignoli (ed.), *De la posguerra a la crisis*, San José, FLACSO, 1994, pp. 85-116.